



ESPECTADORA

RUTH

Espectadora de afuera, voy rodando por las calles de la villa.

Como una bola, sola, sin eje ni referencia, dejo que me inyecten los rincones viejos su vida provinciana y añeja, triste y gris, aburrida como una tarde de domingo.

Madalen Kalea, me aventuro por las piedras arenosas entre humedades antiguas y la carnicería de caballo.

Llegan lejanos compases sueltos de instrumentos de viento. Una clase de solfeo, que casi se dibuja entre el arco del fondo y se deshace ascendiendo.

Curiosa esta calle que une sin saberlo la cultura añeja, lo grisáceo, Xenpelar en su mármol pendiente entre las cabezas inconscientes, los bares viejos, achacosos, con grandes desniveles en el suelo y futbolines.

Aquí y allá, puertas escondidas, por la lluvia, aupando aún más lo íntimo de esta parte esquiva.

Por contraste, las aceras de pronto se llenan de cuero, pendientes, risas y voces. Es la cultura nueva, viva, la que, también sin saberlo, ostentan los jóvenes en sus charlas. Todo eso que produce un ambiente y una forma de ver la vida.

Si a esto, nos volvemos a mirar, nos sorprenden los colores y formas de una cualquier exposición.

Cultura fresca, de búsquedas, ligada extrañamente a lo medieval casi taponado por barnices y cal.

Yo sigo por fuera, bordeando con la vista los portalones como vientres de sombra o bien los cristales empañados de un bar lleno de ruidos y tabaco.

Rentería, la espuma, siempre bullendo, de un conflicto interno.

El intento de asimilar las viejas callejuelas, la historia tremenda por su paso y lo preindustrial, ahora resumido en descontentas ruinas ratoneras, con el nuevo esfuerzo por no hundirse en lo negro desesperanzado por lo que ha sido y no fue.

Una ciudad con jóvenes sin raíces (ya de tierra, ya de futuro).

Villa desgajada en dos partes radicales siempre. Lo viejo, lo nuevo, lo de afuera, lo de adentro...